

**Concurso de Literatura 2020**  
**2º Premio – Cuento Familiares**



**CAMILA CARABALLO**

## **Mamá, no me sueltes la mano cuando salimos a pasear**

Entiendo tu soledad. Tus arrugas, tus pechos caídos, tus pupilas opacas, tu ceño cada vez más fruncido porque tu vista no resiste al deterioro progresivo. Las líneas que se dibujan entre tus cejas cuando entrecerrás los ojos para enfocarme mejor, las cejas descenden, se curvan y amenazan con unirse, hace tiempo no las depilás. La ropa holgada, el pelo recogido, las raíces crecidas, el negro delatando el artificio de tu cabellera platinada. El esmalte de uñas saltado, ya ni sé por qué te las pintás, apenas se secan estás carcomiendo el color, los dientes manchados con diminutos puntos rojos, pigmento que se cuela en las grietas de tus labios resquebrajados, que siempre mordiste al estar ansiosa, que siempre mordías cuando alzabas la cabeza entre la muchedumbre de niños en la puerta de la escuela para localizarme, nerviosa incluso por una mínima tardanza, temiendo que no haya salido debido a un accidente, que me haya quedado adentro lastimado, me lo confesaste cuando te pregunté por qué te asomabas así, periscopio de submarino, siempre tenías miedo de que me pasara algo, te mordías el labio inferior y te arrancabas hilos de pielcita rosada, dejando al descubierto trazos rojos, brillantes de saliva, me gustaban mucho esos labios lastimados.

Percibo tu voluntad de colmar una ausencia. Desplegaste una panoplia de sucedáneos, algunos básicos, típicos como receta (inútil) contra la depresión (incluso contraproducente); otros más originales (conmovedores). En el primer

grupo ingresan los cigarrillos, mentolados, hace tiempo no fumabas y el tabaco te da dolor de cabeza, pero adornado con mentol lo disfrutás, pese a que tus besos me dejen sabor a golosina hecha de cenizas, cenizas perfumadas; y por supuesto, el vino, nada más molesto que el tintineo de los hielos flotando dentro de la copa, a veces fijo la vista en esos cubos, imaginando que chocan y estallan en mil pedazos, rompen la copa, corona vítrea puntiaguda que amenazaría tus labios, pero ingerirías de un trago el líquido abrasivo, vidrio molido que rasgaría tus entrañas, morirías sin darte cuenta, tal vez ebria. El segundo grupo me enterneció: habías vuelto a ser una niña, hambrienta de aprender cosas nuevas. Compraste maquillaje, empezaste a ver video-tutoriales para aprender a disfrazarte de mujer segura de sí misma, segura de su potencial de seducción, parecías un fantoche de colores metálicos, máscara de plástico sobre una piel astillada, las gotas de sudor arrastraban los colores, ¿o eran lágrimas?, se mezclaban ambas dosis salinas, transpiración y llanto maquillado. Compraste ingredientes para preparar postres, llenarías tu vientre de dulces que me harías comer, dulces que salían ácidos, corroían mi estómago y me daban náuseas, ¿comíamos masa cruda? Nunca supiste encender el horno. Madre que no sabe maquillarse y ha olvidado cómo cocinar, madre de dedos torpes, nudillos secos que se abren y sangran delineando las falanges. ¿Por qué no me dejás pintarte los ojos, sombra dorada, luces para esa mirada ensombrecida?, ¿por qué no puedo hacerte una torta, bizcochuelo con dulce de leche como preparan las mamás? Entiendo que no entiendas que haya entendido que a veces al hijo le toca ser mamá.

Sé que extrañás a papá. Yo también lo extraño. Pero más te extraño a vos (espero que lo entiendas). Me pierdo en mi sucesión de juguetes, los reúno en series, todos los autitos por un lado, todos los soldaditos por otro, todas las muñecas, todos los peluches, todos los robots, me siento en el centro de cada categorización, las piernas cruzadas, la mirada segura circunvolando los ejemplares, mi cuerpo rodeado de objetos iguales pero distintos, me tranquiliza la disposición en serie, la repetición anticipada que solo difiere en unos rasgos accesorios. Tengo un poder divino: clasificar. Me pierdo intentando unirte a la serie de madres, demasiado atributo singular como para integrarte en ese grupo, ellas lo advierten, te miran de reojo, te miran como a una señora, no como a una mamá. Cuando se acumulan frente a la puerta de un cumpleaños, hormigas desesperadas, su hormiguero aplastado por la pisada inocente y cruel de un infante, hormigas trazando líneas frenéticas en torno a su morada destruida, madres pululando en busca de sus niños, ni un segundo quieren que estén solos en la vereda, que aparenten estar desprotegidos, con los ojos rebotando de lado a lado, buscando a alguien que no encuentran, madres trazando líneas caminando hacia los bracitos de sus hijos, tironean de la campera mientras dicen ya nos vamos, vos mamá te quedás a un costado, no sos hormiga que quiere regresar a su hogar, mirás los detritus, tierra y pasto mezclados, agarrás un puñado de hormigas y las masticás, me sonreís con los dientes negros y me dejás a mí acercarme a vos, agarro tu brazo y te llevo a casa.

Pero no comprendo cómo yo fui insuficiente. Caíste en la trampa de ese hombre seductor, te vendió una promesa. Meses más tarde llegó la criatura ruidosa. ¿No

era yo vida suficiente para distraerte de la muerte? Su piel rosada, su pelo ralo, su escaso tamaño, me daba miedo tenerlo entre brazos, sus encías vacías, sus ojos demasiado sensibles para ver la luz. Es fácil destronar a un primogénito. Siempre llega un bebé que renueva la alegría de criar, juguete nuevo con el que hay que reemplazar al hijo mayor, ya grandecito, ya usado, ya aburrido. Recomienza el juego de los llantos y los berridos, del pis y la caca, de los aullidos tímidos demandando comida. Me decís que es mi hermano, que es tu nuevo hijo. Es repulsivo ver tus labios carnosos, hace tiempo sin morder, pasearse por sus orejas, su nariz húmeda, no quiero tus besos sucios después de haberlo besado. Salen a pasear y me quedo solo. No me desanimo. Diseño un plan. Todos mis juguetes reunidos en el living, el bizcochuelo listo, la leche servida. Para la fiesta me maquillo con discreción, un poco de sombra rosada en los párpados pálidos, las pestañas onduladas con el rimmel. Te recibo con una sonrisa a pesar de que lo traigas abrazado, apretado contra tu pecho, pareciera a punto de mamar de tus tetas caídas, pero se lo impido, lo tomo entre brazos, estirándolos mucho para alzarlo lejos de mí, detesto su olor después de que van a la plaza, lo deposito en el suelo pero lo volvéis a agarrar y te dirigís a tu cuarto, ordená todo cuando termines de jugar. La torta ya no tiene gusto, la leche tibia no me gusta y advierto que el intruso ha usurpado uno de mis peluches. Cuando irrumpo en tu cuarto está en tus piernas, le acariciás la cabeza mientras despedaza un león, el algodón entre sus dientes, ya crecidos, ya amenazantes, ya letales.

Entiendo que te distraiga. De cualquier cosa. Pero no de mí. Mi llanto es más fuerte, mis palabras articuladas comprensibles, él, ser sin lenguaje que se comunica a

través de ruidos, manotazos y pisoteadas, te va a morder un día esa nariz que tanto acercás a su rostro al besarlo, va a masticar tus pezones de los que ya no emana leche, va a rasguñar tus ojos inocentes, tan próximos a su verdugo, tan ansiosos por enfocar bien a la criatura que desean mimar, pero tu mirada ya no mima, se pierde entre los seres y los objetos, olvida las clasificaciones, las desarma y se las apropia trastocadas, él el hijo y yo animal travieso que desordena, que no obedece, que usa las cosas de mamá sin permiso, bestia inmunda que se maquilla.

Estás enferma, desde la cama me pedís que lo pasee, que vayamos a dar una vuelta, no ha salido en todo el día. Cuando lo suelto me mira, nunca la mano que lo pasea lo ha soltado, nunca ha caminado solo. Ante la libertad, mirada incrédula que dura un segundo, sale disparado entre las piernas de los transeúntes distraídos, que me gritan que se escapa, no saben que no los escucho, corre hasta devenir una manchita negra a lo lejos, cruza la avenida y en algún momento, a lo lejos, ya no lo veo, un auto lo aplasta, lo despedaza, un bulto de rulos oscurecidos, sangre brotando, un gemido agonizante que quizá mamá escucha, la hace apretar la copa con sus dedos gordos, las uñas devoradas mientras esperaba que regresemos, colisionan hielos y cristal, un trago de vino blanco condimentado con vidrio, yo solito paseando por la calle porque no necesito a mamá, la correa en el piso y la mancha negra de cuatro patas ya invisible.